

Según decía ella, acababa el mes sin deudas y con dos mil quinientos francos ahorrados, lo cual no se ha visto nunca en el arrabal Saint-Germain del décimo tercio distrito, y servía comidas infinitamente superiores á las de Nucingen, con exquisitos vinos de diez á doce francos la botella. De modo que Rochefide, maravillado y satisfecho de poder invitar con frecuencia á sus amigos á casa de su querida, sin que le costase gran cosa, le decía estrechándola por el talle:

—¡Eres un tesoro!

Rochefide no tardó en tomarle un tercio de palco en los Italianos, acompañándola á las primeras representaciones. Más tarde, empezó á consultar á Aurelia, reconociendo la excelencia de sus consejos, y ella le permitía que emplease los chistes que decía á cada paso, los cuales, como no erau conocidos, dieron al marqués reputación de hombre gracioso. Por fin, un día en que Aurelia se negó á abandonarle por un príncipe ruso que le ofrecía cinco mil francos mensuales, Rochefide adquirió la seguridad de que le amaba verdaderamente y sin interés.

—Marqués, es usted un hombre feliz—exclamó el anciano príncipe Galantione al acabar un día una partida de whist en el Club.—Ayer, cuando me dejó usted solo con la señora Schontz, quise birlársela, pero ésta me respondió: «Querido mío, usted no es tan guapo ni tan joven como Rochefide, y seguramente me maltrataría, mientras que él me considera como una hija; de modo que ya ve usted que no salgo ganando en el cambio... Yo no siento por Arturo la pasión loca que sentí por aquellos calaveras cuyas deudas tenía que pagar, sino que le amo como ama una mujer á su marido cuando es honrada.» Y esto diciendo, me puso de patitas en la calle.

Este discurso dió por resultado el que aumentase prodigiosamente el estado de abandono y de degradación que deshonoraba el palacio de Rochefide. Arturo se fué á vivir á casa de la señora Schontz, y quedó tanto más satisfecho de este cambio, cuanto que al cabo de tres años había ahorrado cuatrocientos mil francos.

Con esto empezó la tercera fase. La señora Schontz se convirtió en tierna madre del hijo de Arturo, al cual iba á buscar al colegio para llevarle á su casa, colmándole de regalos, de golosinas y de dinero, recibiendo en cambio el

nombre de *mamaita* de los labios de aquel niño, que la adoraba. Después, Aurelia empezó á manejar la fortuna del marqués, aconsejándole que comprase papel antes del famoso tratado de Londres que derribó el ministerio del primero de marzo, siendo operación esta en la que Arturo ganó doscientos mil francos sin que Aurelia le pidiese en cambio un céntimo. Como noble que era, Rochefide colocó los doscientos mil francos en acciones del Banco, poniendo la mitad á nombre de la señorita Josefina Schilz. Un hotelito, alquilado en la calle de La Cruyere, fué encomendado al arquitecto Grindot para que hiciese en él grandes reformas. Desde entonces, Rochefide no tuvo que contar ya para nada con los gastos de la señora Schontz, la cual cobraba sus rentas y pagaba sus facturas. Convertida en su mujer... de confianza, Aurelia justificó este título haciendo á su amante más feliz que nunca y satisfaciendo sus menores caprichos, como la señora de Pompadour satisfacía los de Luis XV. En una palabra, que la señora Schontz pasó á ser dueña absoluta, y pudo permitirse proteger á artistas y letrados que aspiraban á la gloria, pretendiendo crearse una gran reputación haciendo en cambio cosas de poco valor. La conducta de la señora Schontz, que era una maestra en gramática parda, debe daros una idea de su talento: en primer lugar, diez ó doce jóvenes dvertían á Arturo proveyéndole de un caudal de chistes y de graciosos calambours, y alababan la fidelidad de la dueña de la casa, á la cual tenían por mujer de grandes dotes; de modo que estos anuncios ambulantes crearon á la señora Schontz la reputación de ser la mujer más agradable que separa el décimo tercio distrito de los doce restantes. Sus rivales, Susana Gaillard, la cual, desde 1838, tenía la ventaja de haber pasado á ser mujer casada en legítimo matrimonio (pleonasma necesario para dar á entender un casamiento verdadero), Fanny Beaupré, Marieta y Antonia, hacían circular las más picarescas calumnias acerca de la belleza de estos jóvenes y de la complacencia con que el señor de Rochefide los acogía. Un día, en una cena que dió Nathan en casa de Florina, después de un baile de la Opera, la señora Schontz, que, según decía ella misma, dejaba atrás á sus rivales en el arte de la chismografía, les dijo, después de haberles explicado su fortuna y su éxito, un «¡Haced vosotros otro tanto!» del que aún conservan recuerdo. Por esta época, la señora Schontz hizo vender los caballos de carrera, fun-

dándose en consideraciones que debía, sin duda, al espíritu crítico de Claudio Viñón, que era uno de sus comensales.

—Yo concebiría que los príncipes y las gentes ricas protegiesen la hipiátrica para hacer un bien al país, pero no por la pueril satisfacción de un amor propio de jugador. Si estuviérais posados en vuestras tierras, si criaseis mil ó mil doscientos caballos, si cada uno hiciese correr en las carreras las mejores crías de su ganadería, y si todos los ganaderos de Francia y de Navarra concurrieran á esa solemnidad, la cosa sería grande y hermosa; pero vosotros compráis una buena cría, como hacen los empresarios con los artistas, la explotáis hasta que no da juego, creando la Bolsa de caballos en competencia con la Bolsa de las rentas, y eso me parece indigno. ¿Gastaríais acaso sesenta mil francos por leer en los periódicos: «*Lella, del señor de Rochefide, ganó la carrera á Flor de Retama, del señor duque de Rethoré...*»? Valdría más que dieseis ese dinero á poetas, que os harían inmortales, como al difunto Montión.

A fuerza de sermones, el marqués reconoció la razón é hizo aquella economía de sesenta mil francos. Y, al año siguiente, la señora Schontz le dijo:

—Ahora ya no te cuestó nada, Arturo.

Entonces, muchas personas envidaron al marqués y quisieron quitarle la querida; pero perdieron el tiempo, lo mismo que el príncipe ruso.

—Escucha, querido mío—había dicho Aurelia quince días antes á Finot, que se había hecho rico,—estoy segura de que Rochefide me perdonaría una pasión si yo llegase á volverme loca por alguno, y ya comprenderás que no se deja á un hombre de estas condiciones por un advenedizo como tú. Tú no podrías mantenerme en la posición en que me ha colocado Arturo, el cual ha hecho de mí una mujer distinguida, ni podrías tampoco dignificarme, aunque te casases conmigo.

Este fué el golpe final que coronó la obra de aquella mujer, pues este dicho llegó á oídos ajenos y no tardó en correr de boca en boca.

Con esto empezó la cuarta fase, la del apego, la última victoria de esos planes de campaña que contribuyen á que esa clase de mujeres puedan decir de un hombre: «¡Es mío!» Rochefide, que acababa de comprar el hotelito á nombre de la señorita Josefina Schilz, bagatela que le costó ochenta

mil francos, había llegado, cuando la duquesa empezó á formar su plan, á envanecerse con su querida á quien llamaba Ninón II para celebrar su rigurosa probidad, sus excelentes maneras, su instrucción y su talento. El marqués había limitado sus gustos y sus placeres á los de la señora Schontz, y se encontraba en esa época de la vida en que, ya sea por cansancio, ya por indiferencia, ó ya por filosofía, un hombre no cambia y se atiene á su mujer ó á su querida.

Se comprenderá todo el valor adquirido en cinco años por la señora Schontz, si se tiene en cuenta que era preciso ser propuesto de antemano para ser presentado en su casa, y que se había negado á recibir á gentes ricas, pero desacreditadas, admitiendo únicamente en sus salones á la aristocracia.

—Estos tienen derecho á ser bestias, porque, al menos, lo son de una manera distinguida.

Aurelia poseía ostensiblemente los trescientos mil francos que Rochefide le había dado, los cuales le administraba un buen dependiente de una agencia de cambio, llamado Gobenheim, único plebeyo que era admitido en su casa; pero, por otra parte, Aurelia manejaba por sí sola una fortuna secreta de doscientos mil francos, compuestos de sus rentas economizadas durante tres años y de los productos del movimiento continuo de los trescientos mil francos, única suma que ella decía poseer.

—Cuanto más gana usted, menos se enriquece—le dijo un día Gobenheim.

—¡Es tan cara el agua!—decía ella.

El tesoro desconocido iba aumentando con las joyas y diamantes que Aurelia llevaba un mes y vendía luego y con las sumas que le sacaba al marqués para pagar sus caprichos. Cuando le decían que estaba rica, la señora Schontz respondía que los intereses de trescientos mil francos ascienden sólo á doce mil, cantidad que había gastado ella siempre hasta en los tiempos más calamitosos de su vida, es decir, cuando amaba á Lousteau.

Esta conducta anunciaba un plan, y no dudéis que la señora Schontz tenía el suyo. Celosa hacía dos años de la señora de Bruel, Aurelia estaba dominada por la ambición de casarse legítimamente. Todas las posiciones sociales tienen su fruto prohibido, y una insignificancia, agrandada por el deseo, llega á convertirse en desesperante anhelo. Esta am-

bición aumentaba con la ambición de un segundo Arturo, que nadie podía descubrir. Bixiou creía que el preferido era León de Lora, y el pintor creía que lo era Bixiou, que pasaba ya de los cuarenta años y que tenía que procurarse un porvenir. Las sospechas recaían también en Víctor de Vernisset, poeta de la escuela de Canalis, cuya pasión por la señora Schontz llegaba hasta el delirio, y el poeta acusaba al escultor Stidmann de ser su feliz rival. Este artista, dotado de buena figura, trabajaba para los plateros, para los broncistas y para los joyeros, aspirando á ser émulo de Benvenuto Cellini. Claudio Viñón, el joven conde de la Palferina, Gobenheim, Vermantón, filósofo clínico, y otros concurrentes á aquel divertido salón fueron sucesivamente considerados como amantes de la Schontz y reconocidos después como inocentes. Pero nadie estaba á la altura de Aurelia, ni aun el mismo Rochefide, que la creía enamorada del joven la Palferina: la Schontz era virtuosa por cálculo y pensaba en hacer un buen casamiento.

Sólo un hombre sospechoso se veía en casa de Aurelia, y éste era Couture, que más de una vez había hecho llorar á los bolsistas. Pero Couture era uno de los primeros amigos que había tenido la Schontz, que era, por otra parte, la única persona que no le había vuelto la espalda. La falsa alarma de 1840 se llevó el último céntimo de este especulador, que creyó en la habilidad del primero de marzo. Aurelia, al verle tan desgraciado, hizo jugar á Rochefide, como hemos visto ya, en contra de él. Feliz al ver que tenía siempre un cubierto en la mesa de Aurelia, Couture, á quien Finot daba de tiempo en tiempo algunos billetes de mil francos, era el único bastante calculador para ofrecer su nombre á la señora Schontz, la cual lo estudiaba para saber si el atrevido especulador tendría poder para crearse una posición en política y agradecimiento para no abandonar nunca á su mujer. Couture, hombre de unos cuarenta años, muy gastado, no trataba de evitar la vulgaridad de su nombre con la elevación de su cuna, pues hablaba poco de sus padres. La señora Schontz se quejaba de la escasez de gentes capaces, cuando Couture le presentó á un provinciano que iba provisto de esas dos asas por las que las mujeres suelen coger esa clase de cántaros cuando quieren conservarlos.

Bosquejar este personaje equivaldrá á descubrir una porción de la juventud actual. La digresión será aquí historia.

En 1838, Fabián del Ronceret, hijo de un presidente de la Audiencia de Caen muerto hacía un año, dejó la ciudad de Alençon presentando la dimisión de juez, cargo en que su padre le había obligado á perder el tiempo, según decía él, y se fué á París con intención de hacer carrera, idea normanda difícil de realizar, pues apenas contaba con ocho mil francos de renta y su madre vivía aún y ocupaba como usufructuaria un importante inmueble en Alençon. En varios viajes que había hecho á París, este joven había examinado el terreno y reconocido el gran vicio del falso ennoblecimiento social de 1830. De modo que contaba explotarlo en provecho propio, imitando á algunos perillanes de la burguesía. Esto exige que dirijamos una rápida ojeada al nuevo estado de cosas.

La igualdad modesta, desarrollada excesivamente en nuestros días, ha contribuído á que en la vida privada, al igual que en la política, se hayan desarrollado atrozmente el orgullo, el amor propio y la vanidad, que son las tres grandes divisiones del yo social. Los tontos quieren pasar por listos, los listos quieren pasar por gente de talento, las gentes de talento quieren ser tratadas como genios, y, respecto á los genios, ya son más razonables, se contentan por pasar sólo por semidioses. Esta pendiente del espíritu público actual, que contribuye á que en el Congreso el industrial envidie al hombre de Estado y el administrador al poeta, lleva á los necios á denigrar á los listos, á éstos á denigrar á los talentos, á los talentos á denigrar á los que les sobrepujan algunas pulgadas, y á los semidioses á amenazar á las instituciones, al trono y á todo lo que no les adore incondicionalmente. Cuando una nación derrumba impolíticamente á las superioridades sociales reconocidas, abre esclusas por donde se precipita un torrente de ambiciones secundarias, la menor de las cuales aspira á imperar sobre las demás; según los demócratas, tenía un gran mal la aristocracia, pero un mal definido, circunscrito; y hoy, aquella aristocracia se ha convertido en diez aristocracias contendientes y armadas que han engendrado la peor de las situaciones. Al proclamar la igualdad de todos, se promulgó la *declaración de los derechos de la envidia*. Hoy gozamos de los saturnales de la Revolución transportados á la esfera, apacible en apariencia, del espíritu, de la industria y de la política; así es que parece que las reputaciones debidas al trabajo, á los buenos servicios y al talento, sean pri-

vilegios concedidos á expensas de las masas. La ley agraria quedará extinguida bien pronto hasta en el campo de la gloria. Nunca en ningún tiempo se ha hecho la elección de hombres por motivos más pueriles. Llega uno á distinguirse por el ridículo, por una afectación de amor por la causa polaca, por el sistema penitenciario, por el porvenir de los forzados en libertad, por los pilluelos mayores ó menores de doce años, en una palabra, por todas las inocencias sociales. Estas diversas manías crean dignidades postizas, presidentes, vicepresidentes y secretarios de sociedades cuyo número excede en París al de las cuestiones sociales que se tratan de resolver. Se ha demolido la gran sociedad para hacer un millar de pequeñas sociedades á imagen y semejanza de la difunta. ¿No revelan ya la descomposición estas organizaciones parásitas? ¿no parecen ser una multitud de gusanos sobre un cadáver? Todas estas sociedades son hijas de la misma madre, de la vanidad, y no es ciertamente así como procede la caridad católica ó la verdadera beneficencia, las cuales estudian los males sobre las llagas mismas, curándolas, y no peyoran en asambleas acerca de los principios morbíficos por el placer de perorar.

Fabián del Ronceret, sin ser un hombre superior, había adivinado, gracias á esa avidez propia de Normandía, todo el partido que podía sacar de este vicio público. Cada época tiene su carácter, que las gentes hábiles explotan. Fabián no pensaba más que en hacer que hablasen de él.

—Querido mío, es preciso hacer que hablen de uno para ser algo—dijo al ponerse en marcha al rey de Alençon, un tal Bousquier, amigo de su padre.

Fabián traducía de este modo el espíritu de su tiempo, y obedecía á él. Había debutado en la vida bohemia, distrito de la topografía moral de París, donde fué conocido con el nombre del *Herederero* (véase *Un príncipe de la bohemia*) á causa de algunas prodigalidades premeditadas. Ronceret se había aprovechado de las locuras de Couture por la bonita señora Cadine, que era una de las nuevas actrices de un teatro secundario, á la que, durante su opulencia primera, había puesto un delicioso piso con jardín en la calle Blanca. De este modo fué como se conocieron Couture y Ronceret. El normando, que quería el lujo á toda costa, compró el mobiliario de Couture y los objetos que éste se había visto obligado á dejar en su habitación, como un kiosco para fumar y

una galería de madera rústica que servía para ir al kiosco en tiempo de lluvia. Cuando felicitaban al *Herederero* por su habitación, éste la llamaba su guarida. El provinciano se guardaba bien de decir que el arquitecto Grindot había desplegado allí todo su saber, lo mismo que el escultor Stidmann y el pintor León de Lora, pues tenía por defecto capital ese amor propio que en su afán de ensalzarse llega hasta la mentira. El *Herederero* completó estas magnificencias mediante un invernadero que estableció á lo largo de un muro expuesto al mediodía, é hizo esto, no porque le gustasen las flores, sino porque quería hacerse popular en la horticultura. En este momento había conseguido casi su objeto. Habiendo sido nombrado vicepresidente de una sociedad jardinera presidida por el duque de Vissembourg, hermano del príncipe de Chiavari, hijo menor del difunto mariscal Vernou, adornó con la cinta de la Legión de honor su levita de vicepresidente, después de una exposición de productos cuyo discurso de apertura compró por quinientos francos á Lousteau, y que él pronunció atrevidamente como suyo. Este éxito no era nada. El *Herederero*, que quería adquirir fama de hombre listo, había formado el plan de trabar amistad con las gentes célebres para reflejar su gloria, plan que resultaba de difícil ejecución dándole por base el mezquino presupuesto de ocho mil francos. Así es que Fabián del Ronceret se había dirigido sucesivamente y sin éxito á Stidmann, á Bixiou y á León de Lora para ser presentado en casa de la señora Schontz y formar parte de aquella sociedad de gentes distinguidas de todas clases. Por fin, pagó tantas veces la comida á Couture, que éste probó categóricamente á la señora Schontz que debía adquirir aquel original, aunque sólo fuese para convertirlo en uno de esos criados elegantes sin sueldo que las dueñas de casa emplean para aquellos recados para los que no se suelen encontrar criados.

En tres días, la señora Schontz conoció á fondo á Fabián y se dijo:

—Si Couture no me conviene, estoy segura de que éste no se me escapará. Ahora mi porvenir marcha sobre dos pies.

Este estúpido, de quien todo el mundo se burlaba, pasó á ser el preferido, pero con una intención que hacía la preferencia injuriosa, si bien es verdad que nadie lo sospechaba siquiera. La señora Schontz embriagaba á Fabián con

sonrisas á hurtadillas y caricias hechas en el umbral de la puerta al acompañarle, cuando el señor de Rochefide se quedaba por la noche. Aurelia llevaba muchas veces á Fabián con Arturo á su palco á los Italianos en las primeras representaciones, y explicaba esta deferencia diciendo que le había hecho tal ó cual favor y que no sabía cómo pagárselo. Los hombres tienen entre sí una fatuidad que les es común con las mujeres, y es la de creerse amados absolutamente. Ahora bien; de todas las pasiones halagüenas, no hay ninguna que lo sea más que la de una señora Schontz para aquellos á quienes ellas hacen objeto de un amor llamado de corazón, por oposición al otro amor. Una mujer como la señora Schontz, que hacía el papel de gran dama y cuyo valor real era superior, debía ser y fué objeto de orgullo para Fabián, que se enamoró de ella hasta el punto de que no se presentaba nunca á no ser muy compuesto, con botas de charol, guantes amarillos, camisa bordada, chalecos cada vez más variados, y, en una palabra, con todos los síntomas exteriores de un profundo culto.

Un mes antes de la conferencia de la duquesa y su conferenciador, la señora Schontz había confiado el secreto de su verdadero nombre á Fabián, el cual no comprendió el objeto de aquella confidencia. Quince días después, la señora Schontz, asombrada de la falta de inteligencia del normando, exclamó:

—¡Dios mío! ¡qué necia soy! Ahora veo que él cree que le amo por él mismo.

Y entonces se llevó al *Hereditario* al bosque en su calesa, pues hacía ya un año que tenía calesa y un cochecito con dos caballos.

En aquella conferencia pública, Aurelia trató la cuestión de su porvenir y declaró que quería casarse.

—Tengo setecientos mil francos—dijo,—y le confieso que si encontrase un hombre ambicioso que supiese comprender mi carácter, cambiaría de condición, porque ¿sabe usted cuál es mi sueño? Quisiera ser una señora de mi casa, formarme una familia honrada y hacer felices á mi marido y á mis hijos.

El normando deseaba ser distinguido por la señora Schontz, pero casarse con ella le pareció una locura á él, que tenía treinta y ocho años y que había sido juez. Al ver aquella duda, la señora Schontz tomó al *Hereditario* por blanco

de sus pullas y de su desprecio y volvió sus ojos hacia *Couture*. En ocho días, este especulador, al que Aurelia dió conocimiento de su fortuna, le ofreció su mano, su corazón y su porvenir, tres cosas del mismo valor.

Los manejos de la señora Schontz estaban en este estado cuando la señora Grandlieu se enteró de la vida y costumbres de la Beatriz de la calle de San Jorge.

Siguiendo el consejo del abate Brossette, la duquesa rogó al marqués de Ajuda que le llevase á su casa al rey de los matones políticos, al célebre conde Máximo de Trailles, el archiduque de la bohemia, el más joven de los jóvenes, á pesar de que contaba ya cincuenta años. El señor de Ajuda se arregló para comer con Máximo en el club de la calle de Beaune y le propuso que fuese á hacer compañía á su casa al duque de Grandlieu, el cual, por haber sufrido un ataque de gota antes de comer, se encontraba solo. Aunque el yerno del duque de Grandlieu y primo de la duquesa tuviese derecho para presentar á Máximo de Trailles en un salón donde nunca había puesto los pies, éste no se engañó acerca del objeto de una invitación hecha de aquel modo y pensó que el duque ó la duquesa tenían necesidad de él. La costumbre de jugar y alternar en el Club con gentes á quienes no se reciben en su casa, no es ciertamente una de las más extraordinarias de estos tiempos.

El duque de Grandlieu hizo á Máximo el honor de fingirse enfermo, y después de quince partidas de whist, fué á acostar, dejando á su mujer en conferencia secreta con Máximo y con Ajuda. La duquesa, secundada por el marqués, comunicó su proyecto á Trailles, y le pidió su colaboración, fingiendo que sólo le pedía consejos. Máximo escuchó hasta el fin sin decir palabra, y esperó para hablar á que la duquesa hubiese reclamado directamente su cooperación.

—Señora, he comprendido perfectamente—dijo Máximo después de dirigir á la duquesa y al marqués una de esas miradas sagaces, profundas y astutas con que esos hombres corridos saben comprometer á sus interlocutores.—El señor de Ajuda le dirá á usted que si alguien en París puede dirigir esa intriga, soy yo únicamente, sin mezclarla á usted para nada en ella y sin que se sepa siquiera que he venido aquí esta noche. Únicamente que, antes que nada, tenemos que sentar las bases de este asunto. ¿Qué piensa usted emplear en él?

—Todo lo que se necesite.

—Está bien, señora duquesa. Entonces, como premio de mis servicios, espero que me hará usted el honor de recibir en su casa y de proteger seriamente á la señora condesa de Trailles.

—Pero, ¿eres casado?—exclamó Ajuda.

—No, pero me caso dentro de quince días con la heredera de una familia rica, pero excesivamente plebeya. Es un sacrificio que hago por la opinión y por mi gobierno. Quiero echar piel nueva, y ya comprenderá la señora duquesa la importancia que ha de tener para mí el que ella y su familia reciban á mi mujer. Tengo la seguridad de salir diputado, mediante la dimisión que mi suegro presentará de sus funciones, y me han hecho la promesa de un cargo diplomático en armonía con mi nueva fortuna. No veo la razón de que mi mujer no sea también recibida como la señora de Portenduere en esa sociedad de mujeres jóvenes donde brillan las señoras de La Bastie, de Maufrigneuse, de Lestorada, de Guenic, de Ajuda, de Restaud, de Rastignac y de Vandenesse. Mi mujer es bonita, y yo me encargo de *desengorralgodonearla*. ¿Le conviene á usted esto, señora duquesa?... Usted es piadosa, y, si dice que sí, su promesa, ya que ha de ser sagrada, ayudará mucho á mi cambio de vida... Usted hará con esto una buena acción más. ¡Ay de mí! yo he sido durante mucho tiempo el rey de los malos sujetos; pero quiero acabar. Después de todo, nosotros llevamos *azur con quimera de oro lanzando fuego, armado de gules y con escamas de sinople, rematando en contraarmiños*, desde Francisco I, que creyó justo ennoblecer al ayuda de cámara de Luis XI, y somos nobles desde Catalina de Médicis.

—Le doy á usted palabra de que recibiré y protegeré á su mujer y de que los míos no le volverán la espalda—dijo solemnemente la duquesa.

—¡Ah! señora duquesa—exclamó Máximo visiblemente emocionado,—si el señor duque se dignase también dispensarme sus bondades, le prometo poner en práctica su plan sin que le cueste gran cosa. Pero es preciso que obedezca usted mis instrucciones—repuso después de una pausa.—Esta será la última intriga de mi vida de soltero, y he de dirigirla tanto mejor, cuanto que se trata de una buena acción—dijo sonriéndose.

—¡Obedecerle!—dijo la duquesa.—Pero, ¿he de figurar yo para nada en esto?

—No tema usted, señora, que no la comprometeré—exclamó Máximo.—La estimo á usted demasiado para no tomar todo género de precauciones. Se trata únicamente de que siga usted mis consejos, que han de consistir, por ejemplo, en que el señor de Guenic sea llevado como un cuerpo santo por su mujer y que ésta lo tenga ausente durante dos años, haciéndole ver Italia, Alemania, Francia, Suiza, en fin, el mayor número posible de países.

—¡Ah! su advertencia coincide en un todo con el temor de mi confesor—exclamó sencillamente la duquesa, acordándose de la juiciosa observación del abate Brossete.

Máximo y Ajuda no pudieron menos de sonreirse al ver aquella concordancia entre el cielo y el infierno.

—Para que la señora de Rochefide no vuelva á ver á Calixto, viajaremos todos: Justo y su mujer, Calixto, Sabina y yo. Dejaré á Clotilde con su padre.

—No cantemos victoria, señora—dijo Máximo,—pues entreveo enormes dificultades que, sin duda, sabré vencer. Su estimación y su protección son un premio que me va á obligar á hacer grandes porquerías; pero serán las...

—¿Porquerías?—dijo la duquesa interrumpiendo á este moderno Condottiere y mostrando en su fisonomía tanto disgusto como asombro.

—Y usted tomará parte en ellas, señora, porque yo soy su procurador. Pero ¿ignora usted á qué grado de ceguera ha hecho llegar á su yerno la señora de Rochefide?... Yo lo sé por Nathan y por Canalis, entre los cuales titubeaba la marquesa cuando Calixto fué á arrojarle á sus brazos. Beatriz ha sabido persuadir á ese buen bretón de que no había amado nunca más que á él, de que ella es virtuosa, de que Conti fué un amor de cabeza en el que el corazón no tomó parte, en un amor musical; y, respecto á Rochefide, le ha dicho que era el deber. Así pues, ya comprende usted, ¡es virgen! y se lo prueba no acordándose para nada de su hijo, ni dando un paso hace ya un año para verlo. A decir verdad, el condesito, que va á cumplir pronto doce años, tiene en la señora Schontz una madre, tanto más madre, cuanto que la maternidad, como usted sabe, es la pasión de esa clase de muchachas. El señor de Guenic se dejaría matar y mataría á su mujer por Beatriz. ¿Y cree usted que se saca fácilmente

á un hombre cuando está en el fondo del abismo de la credulidad?... Crea usted, señora; el Yago de Shakspeare perdería aquí el tiempo. Se cree que Otello, que Orosmane, que San Preux y otros enamorados en posesión de su amada representan el amor. Sus padres, dotados de un corazón de hielo, no conocieron jamás lo que es un amor absoluto; sólo Moliere lo sospechó. El amor, señora duquesa, no consiste, á fe, en amar á una mujer noble, á una Clarisa... El amor, es decir: «¡La que amo es una infame, me engaña, me engañará, es una taimada!» y correr, sin embargo, á ella y crearla dotada de todas las flores del paraíso. He aquí cómo amaba Moliere y he aquí cómo amamos nosotros los malos sujetos; pues yo lloro en la gran escena de *Arnolfo*... ¡Y he ahí cómo ama su yerno á Beatriz!... Me costará trabajo separar á Rochefide de la señora Schontz; pero acaso se preste á ello la señora Schontz, y voy á estudiar en el acto su interior. Respecto á Calixto y á Beatriz, para separarlos, se necesita preparar tales escenas llenas de traición y de infamia tan baja, que la virtuosa imaginación de usted no podría descender á ellas, á menos que su confesor le diese la mano... Ha pedido usted lo imposible, y quedará servida... Sin embargo, á pesar de mi decisión de emplear el hierro y el fuego, no le prometo á usted en absoluto salir airoso, pues sé que hay amantes que no reculan ante las más espantosas desilusiones. Usted es demasiado virtuosa para conocer el imperio que ejercen las mujeres que no lo son...

—No ponga usted en práctica esas infamias hasta que yo consulte al abate Brossette, á fin de saber hasta qué punto soy cómplice de ellas—exclamó la duquesa con una sencillez que descubrió todo el egoísmo que encierra la devoción.

—Usted lo ignora todo, mamá querida—le dijo el marqués de Ajuda.

En la escalinata exterior, mientras que el coche del marqués avanzaba, Ajuda dijo á Máximo:

—Ha asustado usted á esa buena duquesa.

—¡Oh! jella no sospecha cuán difícil es conseguir lo que pide!... ¿Vamos al Jockey Club? Necesito que Rochefide me invite á comer mañana á casa de la Schontz, porque, esta noche, mi plan quedará formado y tengo que escoger los peones que han de tomar parte en la partida que voy á empeñar. En tiempo de su esplendor, Beatriz no quiso recibirme; así es que saldaré mi cuenta con ella y vengaré á su cuñada de

usted tan cruelmente, que acaso ella misma juzgue excesiva la venganza...

Al día siguiente, Rochefide dijo á la señora Schontz que tendrían á comer á Máximo de Trailles, lo cual equivalía á advertirle que desplegara su lujo y que preparase las carnes más exquisitas para aquel conecedor á quien tanto temían todas las mujeres del género de la Schontz; así es que ésta pensó tanto en su atavío como en poner la casa en estado de recibir á aquel personaje.

En París existen casi tantos reinos como artes diferentes, especialidades morales, ciencias, profesiones; y aquel que más se distingue en su respectiva especialidad, posee una majestad que le es propia y es apreciado y respetado por sus colegas que conocen las dificultades del oficio. Máximo era á los ojos de los *truhanes* y de las *cortesanias* un hombre excesivamente poderoso y capaz, porque había sabido hacerse amar prodigiosamente, y era admirado por las gentes que sabían cuán difícil es vivir en París en buena inteligencia con los acreedores; finalmente, era público que no había tenido más rival en elegancia, en vestir y en gracia que el ilustre de Marsay, que le había confiado varias veces misiones políticas. Esto basta para explicar su entrevista con la duquesa, su prestigio en casa de la señora Schontz y la autoridad de su palabra en la conferencia que contaba tener en el bulevar de los Italianos con un joven célebre ya, aunque recién entrado en la bohemia de París.

Al día siguiente, al levantarse, Máximo de Trailles recibió la visita de Finot á quien él había rogado la víspera que fuese á verle para decirle que preparase como por casualidad un almuerzo en el café Inglés, donde Finot, Couture y Lousteau charlasen en una mesa contigua á la suya. Finot, que era para el conde de Trailles lo que un teniente para un general, no podía negarle nada; de modo que, cuando Máximo fué á almorzar, vió á Finot y á sus dos amigos sentados á una mesa contigua hablando de la señora Schontz. Couture, manejado por Finot y por Lousteau, hizo, sin darse cuenta, un favor á Finot, comunicando al conde de Trailles todo lo que éste deseaba saber acerca de la señora Schontz.

A eso de la una, Máximo mascaba su escarbadientes hablando con Tillet en la escalinata de Tortoni, donde forman los especuladores aquella pequeña Bolsa, prefacio de la grande. Trailles parecía ocuparse de negocios; pero en rea-

lidad esperaba al joven conde de la Palferina, que debía pasar por allí á hora determinada. El bulevar de los Italianos es hoy lo que era el puente Nuevo en 1650; todas las gentes conocidas lo atraviesan por lo menos una vez al día. En efecto, al cabo de diez minutos, Máximo dejó el brazo de Tillet, y haciendo una seña al joven príncipe de la bohemia, le dijo sonriéndose:

—Conde, dos palabras.

Los dos rivales, el uno astro al declinar, y el otro sol que nacía, fueron á sentarse delante del café de París. Máximo tuvo cuidado de colocarse á cierta distancia de algunos ancianos que acostumbran á sentarse allí desde la una de la tarde para secar su afecciones reumáticas, pues tenía excelentes razones para desconfiar de aquellos viejos. (Véase *Un hombre de negocios*).

—¿Tiene usted deudas?—dijo Máximo al joven conde.

—Si no las tuviese, ¿sería digno de sucederle á usted?—le respondió Palferina.

—Al hacerle esta pregunta, no es que ponga en duda que las tenga usted—replicó Máximo,—sino que deseo únicamente saber si el total es respetable y si asciende á cinco ó á seis...

—¿A seis qué?

—A seis cifras. Si debe usted cincuenta ó cien mil francos... Yo he llegado á deber seiscientos mil.

El conde de la Palferina se quitó el sombrero de una manera tan respetuosa como burlona, diciendo:

—Si yo tuviese crédito para poder deber cien mil francos, olvidaría á mis acreedores y me iría á pasar la vida á Venecia, en medio de las obras maestras de pintura, yendo al teatro todos los días y pasando las noches con mujeres hermosas.

—Y ¿qué sería de usted á mi edad?—le preguntó Máximo.

—¡Oh! yo no llegaría ahí—replicó el joven conde.

Máximo devolvió la cortesía á su rival quitándose ligeramente el sombrero con un gesto lleno de visible gravedad, y después le dijo como el que habla de igual á igual:

—Usted tiene otro modo de mirar la vida. De modo que ¿debe usted...?

—¡Oh! una miseria indigna de ser confesada á un tío, y, si yo tuviese alguno, estoy seguro de que me desheredaría al saber la insignificancia á que asciende: ¡seis mill...!

—A veces se ve uno más apurado por seis que por cien mil—dijo sentenciosamente Máximo.—Palferina, usted tiene atrevimiento y más talento que atrevimiento, y puede ir muy lejos y llegar á ser un político. Mire usted, de todos los que se han lanzado á la vida que yo voy á dejar y que han querido oponerse, usted es el único que me ha sido simpático.

Al conde le halagó tanto esta confesión hecha con sinceridad por el jefe de los aventureros parisienses, que se puso rojo como la grana. Este impulso de su amor propio fué un reconocimiento de superioridad que le molestó; pero Máximo adivinó aquel conato de ofensa, fácil de prever para un hombre tan suspicaz, y buscó el remedio en seguida poniéndose á discreción del joven.

—¿Quiere usted hacer algo por mí, que me retire del circo olímpico mediante un buen matrimonio? Yo podré hacer algo por usted—repuso.

—Va usted á hacer que me enorgullezca—dijo el conde de la Palferina.

—Empezaré prestándole veinte mil francos—respondió Máximo continuando.

—¿Veinte mil francos?... Ya sabía yo que á fuerza de pasear por este sitio...—dijo Palferina á modo de paréntesis.

—Querido mío, hay que ponerse sobre cierto pie—dijo Máximo sonriéndose;—no se quede usted nunca sobre sus dos pies; procure tener seis; haga como yo, que no me bajo nunca de mi tilburi.

—Pero, entonces veo que va usted á pedirme algo superior á mis fuerzas.

—No, se trata de enamorar á una mujer en quince días.

—¿Es soltera?

—¿Por qué?

—Porque sería imposible; pero si se tratase de una mujer distinguida y de talento...

—Es una ilustre marquesa!

—¿Quiere usted tener cartas suyas?—dijo el joven conde.

—No, no se trata de eso—exclamó Máximo.

—¿Es preciso amarla?

—Sí, en el sentido real de la palabra.

—Si hay que salir de la estética, es completamente imposible—dijo Palferina.—Respecto á las mujeres, yo tengo cierta probidad; nosotros podemos engañarlas, pero no...